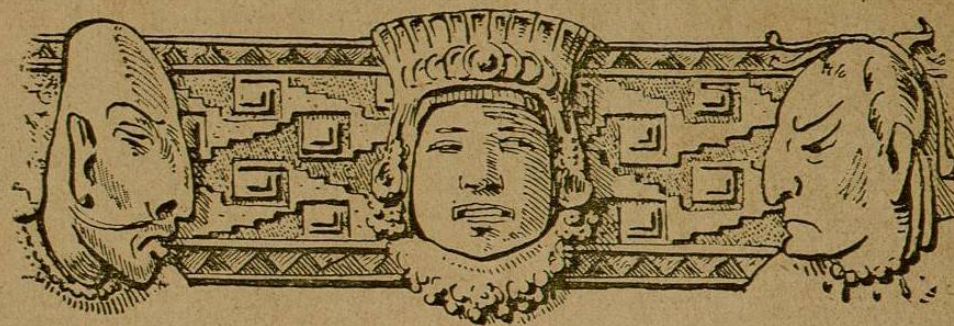
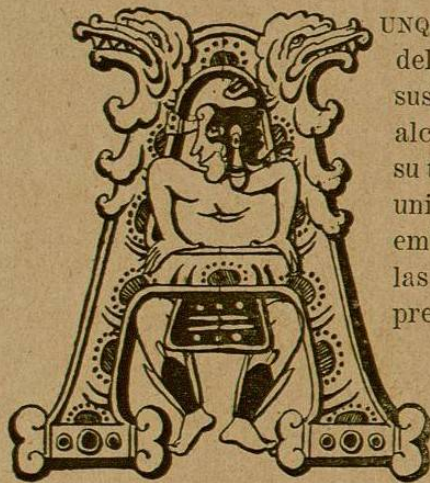


aquellas verídicas auténticas el secreto de su historia. No pretendemos, como al principio decíamos, fundamentar principios, ni dejar señalados los puntos cardinales del estudio; ni el momento es oportuno, ni los datos lo consienten; apenas en el estado actual de adelanto histórico si podemos esperar que una doctrina no sea desechada al poco tiempo, pero satisfechos quedaremos si al desbrozar algo el camino apenas trazado de la comparación entre las civilizaciones americanas con el extremo oriental asiático, vemos que otros nos siguen, sacando mejores consecuencias de tal estudio.



I

Antropología y etnografía.



UNQUE los primitivos habitantes del Nuevo Mundo ostenten en sus tipos caracteres afines que alcanzan á toda la extensión de su territorio, prestándoles cierta unidad, no podemos aceptar, sin embargo, la antigua división de las razas humanas, que comprendía bajo el apelativo de cobrizas, á todas las gentes de la América. Dentro de esta aparente igualdad existen diferencias notables, variedades de organización que marcan entre ellas muy distintos orígenes y hasta contrarias progenes. De los altos y fornidos patagones á los enanos y más audaces que fuertes esquimales; de los aguileños incas á los chatos charruas, obsérvanse diferencias tales en su aspecto externo, como entre los hombres de cualquier otro continente de los antiguos conocidos (1).

(1) Véase adición I, pág. 156.

Pero es cierto también, que en la humanidad americana encontramos caracteres antropológicos, singulares fenómenos de organización y de inteligencia, que merecen ser consignados, para formarse mejor idea de las particularidades étnicas de aquellas gentes y clasificarlas con arreglo á sus más individuales diferencias.

En el fundamental organismo del hombre americano, en su esqueleto, se observan frecuentes anomalías, muy dignas de ser notadas. La platycnemia, ó sea la forma aplastada y aguda del corte de la tibia, hállase muy extendida entre las antiguas razas americanas, hasta un extremo que supera en muchos casos á la de los gorilas y demás gigantes monos, menos marcada, sin embargo, en aquellos que alcanzaron un mayor grado de cultura. La comprensión del fémur es también considerable, proporcionándoles esta particularidad una singular organización en sus extremidades inferiores, muy propia para usar de ellas con agilidad extraordinaria y hacer un empleo del pie que se acerca al de la mano. También es frecuente ocurrirles la perforación del húmero entre sus cóndilos inferiores, para recibir en la extensión del brazo la punta de la apófisis olécranon del cúbito. Existe una gran variedad en el largo de los brazos, sin que podamos aún hacer deducciones de esto. Pero donde nos ofrecen los motivos más interesantes de estudio es en sus cráneos, de singular aspecto. Numerosas variantes y modificaciones extrañas al tipo normal nos presentan, unas naturales y otras debidas á violentas deformaciones, muy puestas en práctica por algunas tribus en la edad más tierna. Mas teniendo esto en cuenta, no se desprende del estudio de las razas americanas, el que pertenezcan cada una á la variedad braquiefala ó dolicocefala; la confusión en algunas es grande, apareciendo, sin embargo, grupos compactos que proporcionan datos muy atendibles, acerca de la proveniencia ó justaposición de un pueblo dominador, sobre otro dominado, encontrándose siempre las dolicocefalas como más antiguas que las braquiefalas (1).

(1) Véase la adición I, pág. 165.

Podemos asegurar, asimismo, que la altura de la bóveda craneana nunca llega á alcanzar en ellos, ni con mucho, á la de las razas superiores, siéndoles constante la prominencia de los arcos superciliares y la manifestación más ó menos acentuada del prognatismo.

Pero donde radica la especial singularidad de los cráneos americanos, es en su capacidad; en ninguna parte se han encontrado más reducidos, siendo su capacidad media siempre inferior á la de las otras razas, si exceptuamos á las más relegadas del globo; sus volúmenes cefálicos quedan siempre por bajo de los pertenecientes á las gentes más primitivas, equiparándose sólo con el de los hotentotes australianos y otros oceánicos, perdidos en los más oscuros archipiélagos. El término medio de la capacidad craneana americana es de 1,360 centímetros cúbicos, sin llegar nunca á 1,500, que sólo superan los esquimales de la Groelandia y algunos gigantesos Fueguianos (1).

La talla general de los americanos fué la ordinaria, encontrándose á su descubrimiento, lo mismo que hoy, los extremos de ella en las regiones más Norte y Sur de los continentes, perteneciendo los más altos, como los patagones, al Sur, y los más bajos, como los esquimales, al Norte.

En sus caracteres físicos más externos ofrecían también bastante variedad, aun cuando conservando rasgos comunes; las razas más inferiores, como los charruas, minuanes y jancanes, presentaban en su color los tintes más oscuros; aclarábanse algo en las regiones orientales, pero sin perder su tono tostado, hasta el punto de constituir, en su mayor parte, lo que se designó más tarde con el nombre de raza cobriza, y en ciertos sitios, como entre los yucatecos, mayas y del Anahuac, llegaban á equiparse con el moreno claro. Muy distinto tipo ofrecen las más boreales: porque entre los esquimales y las restantes gentes americanas existen diferencias tan marcadas que llegan á ser antitéticas: ni por su color, ni por su estatura, ni por la oblicuidad de los ojos,

(1) Véase Nota I, pág. 172.

ni por la forma de su nariz aplastada y corte de la cabeza, podrán jamás equipararse los habitantes de Alaska y Wancouver, por ejemplo, con el resto de los genuinos habitantes del Nuevo Mundo, en sus distintos periodos precolombino y actual; reducidos á las costas más del Norte de América, escasos en número y sin penetrar apenas en el continente, ni bajar á ciertas latitudes, pudiéndolos creer, además, de moderno asiento en aquellos lugares, apenas entran en el concierto de la historia antigua del Nuevo Mundo, ni casi deben considerarse como de razas precolombinas (1).

La cabeza de los americanos ofreció siempre un aspecto característico que los hizo distinguirse de todas las demás gentes conocidas. Su pelo nunca ensortijado, sino al contrario, lacio, muy negro y espeso, peinado y trenzado de mil modos, constituyendo ésto motivo entre ellos de presunción y adorno, pero siempre barbilampiños, señal evidente de escasa virilidad; su frente, muchas veces modificada por deformaciones artificiales en todos sentidos, proporcionándoles un aspecto agudo ó plano que contrastaba extraordinariamente con la perfecta bovedad de la de los blancos; sus ojos, grandes y rasgados, ostentando una constante y completa horizontalidad, marcadísimos y como intencionada en todas las esculturas; su nariz, nunca escasa en las razas intermedias, antes más bien abundante y aguileña, apareciendo aplastada sólo en los más inferiores y algo en los esquimales; sus pómulos marcados, pero no muy salientes; su boca siempre grande y de labios planos, dejando ver una buena dentadura, de anchos paletos, formaban el conjunto de sus facciones, contenidas por un corte general del rostro, más cuadrado que de perfecto óvalo, acentuado con exageración, pero sin hacerles perder de carácter en sus esculturas y dibujos. Tal se nos presentaron las razas aborígenes más extendidas en ambos continentes, y tal nos dejaron sus imágenes aquellas más superiores.

La expresión general de su fisonomía era generalmente más melancólica y triste que alegre y decidida; los ojos poco

(1) Bancroft los considera como formando parte de una extensa agrupación que por sus caracteres etnográficos y lingüísticos llama polar.

brillantes, sólo entreabiertos, y la boca caída por los extremos y con dificultad cerrada, daban á su total expresión cierta tristeza que se transmite á todas las representaciones artísticas y se perpetúa en sus mejores modeladas esculturas y bien dibujadas pinturas.

La rectitud de los ojos es tan constante en la iconografía americana que constituye un carácter especial, como pretendiendo marcar con él la excelencia de su raza; no faltan algunas representaciones en que la oblicuidad de ellos es palpable, pero esto sólo ocurre cuando quieren representar seres malignos ó caricaturescos, ó retratos de personas extrañas á su raza; entre los esquimales ésta oblicuidad se marca ya francamente; pero de estos pueblos, tan modernos en el suelo americano y que tan poco participan de su historia precolombina, prescindimos en adelante siempre que su mención no se nos haga completamente necesaria.

El resto de la figura de los americanos, en general, presentase poco airosa y armónicamente conformada; por su aspecto exterior siempre obtuvieron de los conquistadores el calificativo de *indios*, estimándolos como hombres organizados más para ser ágiles que fuertes, pues aunque existan ejemplos de hercúleas fuerzas, como las de Caupolicán entre los araucanos, ésta fué siempre la raza más resistente que se encontró en toda la América, ofreciendo las demás poco obstáculo al empuje de nuestras fuerzas en las batallas decisivas; de aquí que fueran siempre más temibles sus emboscadas que sus asaltos, ejercitando más en sus guerras la astucia que la táctica y la disciplina militar ó la constancia para las fatigas y el valor personal; de aquí también su crueldad para con los vencidos y su poca afición á presentar batallas campales cuando la superioridad del número les hacía desconfiar del éxito, aptitudes que aun hoy día parecen heredadas en las luchas que en nuestras posesiones nos ocurren. Perezosos en general para el trabajo, callados y lánguidos en el hablar, crueles en la intención y propensos á todos los vicios, enérvanse aquellas gentes más pronto que en otros climas, sin haber realizado ningún progreso, ni aun las más

civilizadas; antes al contrario, descomponiéndose todas las nociones, aparecen todos estos pueblos precolombinos americanos como decadentes, sin fuerzas propias para evitar su postración, apenas iluminada su inteligencia por los últimos debilitados rayos del sol destellante en el antiguo mundo asiático.

Pero la primera cuestión que ocurre al ocuparnos de ellos, de la inmensa cantidad de gentes halladas en el Nuevo Mundo (dejando aparte la geología de la formación de aquel suelo), es indagar cómo se pobló aquel continente; de dónde vinieron aquellos hombres.

Dos fases tiene el problema: la una zoológica y antropológica; la otra puramente etnográfica é histórica.

En América, como en la mayor parte del mundo conocido, se notan, por la configuración de sus terrenos y restos de animales, dos épocas completamente distintas: una antediluviana, y la otra actual ó moderna.

En la primera distinguimos las huellas de especies extinguidas, ó que desaparecieron más tarde de aquel suelo; colosales mamíferos, tortugas enormes y reptiles gigantescos; unos propios de la localidad, otros conocidos también en distintas partes del mundo. De allí proceden el Megaterio, el Milodonte y otros fósiles importantísimos, y abanzando más en los tiempos, nos hallamos con el hombre fósil, que nos interesa más directamente.

¿En qué terrenos se presenta éste más antiguo? Los defensores del terciario lo quieren ver en tal yacimiento por el hallazgo del célebre cráneo de *Calaveras* y otros testimonios; pero demostrada hasta la saciedad la superchería con que se quiso sorprender á la ciencia con el célebre cráneo, no queda tampoco identificada la edad del suelo sobre que se encuentran los otros restos que se aducen como documentos, ni existe acuerdo alguno entre los sabios acerca de punto tan debatido. El hombre terciario escapa á la aceptación de la ciencia, lo mismo en el Antiguo que en el Nuevo Continente, quedando sólo el sostenimiento de esta teoría por parte de ciertos espíritus tenaces en defenderla.

Sus restos en el terreno cuaternario sí aparecen perfectamente palpables. El hombre fósil post-plioceno es hoy un hecho, y la América nos presenta los mejores ejemplares. De su raza y procedencia cabe aún discutir mucho. La distinta configuración de las tierras en aquellos tiempos antediluvianos, tan modificadas por los hundimientos y levantamientos verificados más tarde; los subsiguientes cambios de clima, distinta vejetación y substancias alimenticias, y otras mil causas, no nos permiten determinar claramente las emigraciones y puntos de origen de aquellos seres. Quizá existiera entonces la Atlántida, cuando el África estaba también unida á España por el Estrecho; quizá fueran de Europa á allá las especies animales, las razas y los pueblos; pero de esto no nos queda noción cierta, borrado todo por los grandes cataclismos diluviales; así que aceptando la frase bíblica de que la tierra quedó desierta, tendremos que volver á empezar el estudio de la repoblación del Nuevo Mundo á partir del gran cataclismo.

En esta nueva repoblación moderna, cada día aparece menos probable el origen europeo ú oriental. Si la Atlántida no pertenece á las épocas geológicas, si la sumersión de aquel continente se verificó en los tiempos postdiluvianos, aún podemos suponer que ni su extensión fué tal que llegara á enlazar ambos mundos, dejando siempre gran espacio de mar entre ellos, ni su población tan densa que necesitara la emigración y expansión á tan lejanas tierras.

Hoy, que hemos visto reunidos los restos de todas aquellas tribus americanas más antiguas, que estudiamos sus cráneos y esqueletos, sus industrias y costumbres, no vemos en ellas ni una derivación del lado acá del Atlántico, ni una influencia siquiera que los asimile á los hombres del mundo antiguo europeo.

Es verdad que tienen una edad de piedra, en la que aún se encuentran actualmente muchas tribus, labrando utensilios en forma parecida á los nuestros, aunque con cierto carácter propio; pero esto no representa en ellas una época remotísima, sino un estado de cultura que responde á sus condiciones étnicas.

Notóse además, á primera vista, dos grados de ella entre los antiguos americanos cuando los sorprendimos los europeos en el siglo XV. Mientras la mayor parte de sus tribus, las que ocupan más extenso espacio del continente, se hallaban en el de degradación más extraordinaria, entregadas al antropofagismo, sin organización alguna política ni social que avanzase más allá del despotismo del cacique en la tribu y del padre en la familia, salvajes en su mayor grado, encontróse, en cambio, en las regiones occidentales una cadena de pueblos civilizados que sorprendían por sus artes é industrias, á la par que por su organización política; pueblos conquistadores de aquellas tierras, que vinieron de otra parte, según aclararemos en lo posible, y que dan lugar á las páginas más brillantes de la historia del Nuevo Mundo.

No hay necesidad de acudir, á nuestro parecer, á periodos geológicos ni á grandes cataclismos para explicar las emigraciones de estos pueblos de otro continente al americano. Está bastante cercana el Asia y es harto fácil el paso en las heladas estaciones para tener que apelar á más violentas teorías en explicación de estas emigraciones, y si nos ayudan en apoyo de este aserto sus recuerdos, semejanzas étnicas y otros motivos históricos, tendremos que aceptarlo como lo más científico y sencillo.

Hácese preciso para ello acudir á sus orígenes, punto bastante obscuro aún, por no estar suficientemente conocidos los movimientos de las razas en el continente asiático, que es á donde tenemos que buscar la raíz de tales emigraciones. Falta mucho que definir y estudiar para hacernos completo cargo de ellas, pero la idea de un núcleo en su centro, del que la humanidad va exparciéndose por todos los ámbitos de la tierra, parece adquirir cuerpo al examinar las diversas emigraciones y empujamientos que siempre han ejercido unos pueblos sobre los otros.

Impiden ver claras estas cuestiones ciertos obstáculos aceptados por la costumbre y admitidos como verdades inconcusas, pero que hay que hacerlos desaparecer para que queden disi-

pados ciertos errores, cosa fácil al someterlos á una severa y escrupulosa crítica.

Apoyados en la etnografía y lingüística, vemos en antiguos tiempos extendida por la parte más oriental y meridional del Asia una raza morena, pero no muy vigorosa, rica en variedades, que es sin cesar empujada á las regiones extremas é islas por otras que vienen á buscar más amplias tierras sobre que poder extenderse y substentarse. Esta raza primitiva asiática, de la que aún encontramos muchos restos, como los *miao-se* (1) y otros pueblos de las montañas chinas, los *bils* de la India, los *drávidas* del Dekan, y tantos otros protoasiáticos, ofrece tales puntos de semejanza por sus caracteres etnográficos, por sus lenguas y estado de cultura con las del Nuevo Mundo, que podemos llamarlas hermanas de las americanas aborígenes, hermandad entre ambas gentes que veremos más clara al examinar también las otras posteriores más civilizadas, en las que hallaremos enlaces convincentes de ello en absoluto.

El obstáculo mayor que se opone para distinguir claramente estas emigraciones y procedencias, es la pretendida antigüedad y estacionamiento de los Chinos en el mismo estado que hoy los encontramos, como petrificados siglos y siglos desde tiempos remotísimos sobre el suelo que hoy ocupan, idea que la crítica moderna empieza á combatir, adquiriéndose mayor convencimiento de todo lo contrario conforme más se profundiza en este estudio.

Del estado del Asia, próximo al comienzo de nuestra Era al actual, hay tanta diferencia como pudiéramos hallar en cualquiera de las regiones europeas. El pueblo chino se encontraba entonces en un período feudal primitivo, reducido á los límites del territorio que le sirvió de cuna, y razas muy distintas ocupaban todas las costas é islas del Oriente del Asia.

Sus propias memorias bastante fantaseadas y no purgadas aún de evidentes errores, en medio de la confusión de sucesos, así lo vienen á demostrar. Hasta el 221 antes de J. C., según

(1) «Journal Asiatique», 1891, II, pág. 356.